



MANUSCRITO DE LAS MUSAS:
Las nieblas de Tokio

Jordi Güell

EDICIÓN DEL AUTOR

**MANUSCRITO DE LAS MUSAS:
Las nieblas de Tokio**

Jordi Güell

No quiero que en mis noches sin sueño volváis a pasar por delante de mis ojos, en extravagante procesión, pidiéndome con gestos y contorsiones que os saque a la vida de la realidad, del limbo en que vivís semejantes a fantasmas sin consistencia. No quiero que al romperse este arpa vieja y cascada ya, se pierdan, a la vez que el instrumento, las ignoradas notas que contenía.

*Rimas. (fragmento de Introducción Sinfónica).
Gustavo Adolfo Becquer.*

Dedicado a esa niebla de Tokio
venida a recitarme apariencias.

Preámbulo

Libro de alma cruzada, desahucio de tristezas, pariente de silencios, camino iluminado, certero, anunciado, alumbramiento, palabra venida, escucha sorprendente, ajena, rotura en la razón y finalmente regreso, caída, pisoteo en la franja rígida del sobremundo, el visible, terreno de recuerdos, forma descifrada, pero con huella nueva de mis pies con sustancia borrosa, materia incierta, transitorio es todo y no soy quién creo ser, a menudo revisado, cada día, cada instante sólo a medias soy uno, impregnado por el intruso y con porciones desconocidas viniendo, trasgredido, trastocado.

Me despegué de la inercia, y sin peso crucé.

23 de agosto de 2005

1

Me aturde con cuentos, con ensueños. Con historias de sendas no descritas, de caminos sin andar entre bosques de poeta. Con fragmentos de diario vaporoso, de letra virgen, de llanura indescifrable, desconocida. Caligrafías de gesto hirviendo el espejismo. Anotaciones de sombra, niebla en mi caída que desborda. Me agita, me estremece.

A menudo se acerca a recitarme con sigilo, a revelarme algún presagio, alguna aparición de lo escondido precioso, al otro lado, allá profundo.

Le escucho, le creo, aunque sea un instante.

2

Aquí sirviente, escriba.
De tus rumores oyente.
En tu fluido mensajero.

Mensaje con mi ausencia
de tu canto y tu belleza
reposada en mi quietud.

En la penumbra un murmullo distingue su rostro. Impreciso su rostro timbrando mi fibra, percusores de mi vida, dudosa vida mia escalinata de temores, de idas y venidas, de ausencias y regresos a la periferia de lo razonable. Es acertijo, física intermitente, sueño despegado con perfume a encantamiento, a corazón sin manchas, a brevedad en la altura.

Y yo desabrochado, con retornos y caídas, oigo intermitente su presencia en éste lado. Y a instantes mi sangre es de ausente, de reposado en espera de caerse lo interminable, lo suyo, lo aparecido. La de ella es sangre de hemisferio, de constelaciones, de imagen adorada, emergida, sobrenatural. Sombra burbujeante, marea, ventisca periódica, laberinto impredecible, cuerpo poderoso.

A menudo no está y me siento frágil, delicado.

¡Voz de espejismos!, ¿dónde estás?. El sueño está servido, ¡venid!.

Olvido la realidad de cauce, de camino repetido. Realidad, mansamente realidad conocida, cada día, aprendida. De más aquí tan estudiada y apacible.

Detalles en piedra,
tejer del viento en arena.

Libro del agua en pedernales,
memorias y palabra.

Impresiones del tiempo
en pulpa rígida.

¡Voz de espejismos!, ¿dónde estás?.

Olvido herencias, cultura, impulsos medidos, panales de abejas gordas y ladrones. Retina ancestre tomando ese manjar brillante, sustancia dulce de la rima, gracia del bardo con memoria, sabor y voluntad recomendada que desprecio.

¡Voz de espejismos! ¡Venid!

¡Me olvido, sí, acercaos! Me olvido de esa realidad de más aquí con mi instante soñado, enloquecido. Libero mi temperatura, emergen sinfonías, encuentro lo remoto. Trazo un rumbo, una ruta sin retorno, un sortilegio que jamás debo entender para los dos, enamorado, un hechizo que jamás debo entender.

Y me embriago de voces.

Con su cascada y mi sed,
con su fuente y mi reflejo.

Con amor de inocentes, de hiperespacio, de corazón punzando tempestades. Huracanes de vida ensartada en el pecho, pecho envenenado, sangrando de instinto y primavera y miedo a perder todo. Tan crudo y sincero es ese amor como usar el sueño de camino, camino de selva virgen, a ninguna parte. Con suficiente intensidad para vivir lo irreparable. Como esas fanta-

sías dulces, delicadas, que describe con detalle la emoción, que la razón no alcanza nunca a comprender.

Piso caminos repartiendo machetazos. Descosiendo razones, sus trenzas, sus lianas de caprichos y de mitos. Explorando la penumbra, bajo vientre colosal de los misterios. Y hundido en el silencio, en mi nada, en la ausencia, muero carcomido y ya todo es camino en mi. Mezclado con la selva.

Y es saludable mentirme a mi modo. Con mis cuentos, con mi suelo primitivo. Es la vida mentirse lentamente, sin retorno y siempre con esa candidez que desvela el primer día. Y con temor finalmente de perder lo razonable.

Nostalgia de peso,
en el alma soltura.

Soñar de ese modo es refugio, escondite que rehuye a la razón pura, cruda, limpia, impoluta. Y esa razón es parto irremediable de palabras con jerarquía, con autoridad sobre el silencio. Encrucijada y bozales regresando inevitables. Mordaza al infinito.

Y yo no me creo nada.

Sin estar adiestrado, aún desnudo, camino pisando a menudo espesuras, confusos matojos de una jungla ordenada a medias, un bosque dispuesto con intención, con voluntad, para que sea semejante a ese Jardín de ausencias, de paseos en la nada de la mente, en la nada de la historia, en la nada sin edad. Pero no lo es, no lo es, lo sé. No puede ser y lo sé.

Ensueño, sí. Quizá algún día para siempre.

Pero conozco nombres, formas, criaturas que desean volver adentro mio. Cuando yo me vacío y alcanzo mi silencio. Mientras procuro mi infinito y se revelan. Mientras me ausento y su recuerdo vuelve a repetirse.

Se repiten. Criaturas de paraíso a medias, de Edén urbano, de tierra prometida para dóciles. Creyentes adiestrados por el sueño colectivo. Paseo libro en mano y acertijo, acertijo resuelto para siempre, para nunca, quizá para nunca, pero con verdad sin titubeos que yo, desafortunado, no alcanzo a creerme. Sí, esas verdades de sueño frágil que no alcanzo a creerme. Les conozco con detalle. Debería creerme esa farsa y embriagarme. Pero esa sustancia apenas llega a ser bautismo, y entonces germina mi locura.

Sí, de acuerdo, mentirme, tener nombre. A veces lo consigo pero a mi modo. Las verdades no matan, descomponen la nostalgia, aprisionan, son prisiones. Pero en mi no persisten y entonces despliego lo prohibido.

Nada es razonable, sueño, me ausento en mi sueño. Miento en mi sueño. Y ya no puedo regresar después a mis pasos nunca más. Y por lo perdido o lo alcanzado no siento ternura de ningún tipo. No, no son posible ese tipo de juegos. Mi alma es devoradora de verdades. Acecha lo que es reconocido, sin más. Lo mastica, lo desmigaja. Pero sí constato un aprendizaje irremediable.

Me quiero olvidar de la historia, de la propiedad, de la nomenclatura del mundo. Conocí morfologías del recuerdo, ahí cercanas, siempre dispuestas a agradarnos, a maquillarnos, a embriagarnos de conformidad con el pasado nuestro. ¡Autocultura!

Matar para vivir— me dije. Me pareció detestable. Es horrenda su fragilidad. Subjetividad de alucinógeno, de tiempo nuestro que es posible descubrir, desnudar con el día ultrareal. Y después padecer con el despojo,

desposeído de niebla, de ausencia, del sueño, caído, caer, regresar.

Prefiero mi mundo intempestivo para siempre.

Mi alma es audaz en desvestir la memoria y revolver todo cuando contenía. Es sacrificado, escalofriante, vivir consciente ese embrujo, ese espejismo advertido, previsto, de ese pensar creer pensar vagando el malabarismo del espejo.

Insecto aplastado taciturno
en superficie transparente
de ventanas que encierran imposibles.

Pero sí, todo es ensueño, paradigma de lo ilusorio, vida resuelta a ser un cuento.

Prefiero mi mundo intempestivo para siempre.

Loco, ensueño. Enamorado. Y quizá se desvanecerá el mundo de nuevo, sí, quizá. Tengo miedo.

Vivo roto en pedazos míos. Pequeñas reflexiones, anotaciones, olvidos. Palabras del cielo caídas, escuchadas. Vacías con sólo tocar la superficie y rociando un comprender nada absolutamente. Palabras y palabras que empiezan donde acaban. Que desaparecen allí donde se encuentran.

Finalmente el mundo es desvanecerme, torrente en mi pendiente, flujo deshilachado, resbaladizo, suscitando la posibilidad mia de existir. Tenemos

esa sospecha de existir a nuestro modo. Y es suficiente, maravilloso, punzante vendaval en la conciencia.

Y también pude ser yo un reflejo tan sólo. Y vivir ese tiempo nuestro tan maravilloso. Bagando asesino feliz de otros mundos. Pero por un instante, apenas segundos, el espejo se detuvo ante mí, la imagen advirtió mi presencia y yo, mirado, me conocí desvanecido al otro lado.—¡Qué pánico sentí!

Y es breve y clara esa advertencia. Cuando toda palabra es justo tan sólo palabra, y todo pensamiento es sólo espejismo. Entonces comprendí el significado de los sueños.

Buscador de sueños, sí, aquí, ¡enamorado!.

Me adviertes del sueño y vuelvo reposado, poseído, intranquilo, adicto con miedo y sin refugio vuelvo, con mi sinretorno a la razón. Acostado en esa nada transparente.

¿Qué me queda, amada mía?. Es el vivir no volver y alzar los ojos sin pausa, con temor. Hasta tenerlos húmedos, inundados como manantiales, con todo el cielo reflejado en ellos.

Y finalmente miedo, retorno una vez más, temor justificado. Pues soy sombra, amada mía. Misterio, imprevisión. Y es el alma mi destello un poco más al otro lado, un poco en el lado de allá. Dónde adivino mis temblores, casiausencias. Mis retornos llorando a veces cada uno de esos días descubiertos sin ensueño. Días rígidos, aplacados con la envoltura de tiempo costumbrista. Y otras veces días timbrando advertencias de marismas que vienen, revolcando los puertos más íntimos.

5

Criatura de cauce irresuelto,
troceado con presagios y murmulos.
Soy contigo desvanece sigiloso, turbio,
sin recuerdo retenido sin palabra.

Con mis dudas abro pasos y caminos.
Cierro con olvido pensamientos y razones.
Descorcho el tiempo con ensueños.

En porciones disminuyo el nacimiento.

Y es inesperada mi presencia,
yo-aquí incompleto breve,
diluido, en presente casinada
del decirme con el serme.

Y arcilla es mi infinito.

Consigo que la duda mancille lo mio, lo próximo, lo irremediable, aquello ya escrito en mi corteza, con un nombre ya invencible. Palabras agitando sus conquistas profundamente. Con densidad de herencia gravitando alrededor de mi cráneo. Consigo dudar de aquello imposible de renunciar. Y de ese modo resisto cercano a lo improbable, a lo misterioso. Pero no logro dudar de lo imposible.

Dudar de un sueño es atrapar mi vida en una piedra, entre sus centímetros, entre porciones medidas con glándulas de ojo malvado, asesino, depreda-

dor de inocencias, dispuesto para amputar el alma y negando el misterio, misterio del otro y misterio mio. Reduciendo todo a una piel.

Y las pieles siempre tienen hambre de mundo. Las pieles crecen, se dilatan, se dan más superficie de la necesaria. Las pieles engordan como una mancha. Y pienso que quizá envejecer sea dar rienda suelta a ese tipo de pieles. Y dejar que su apetito nos estire demasiado, nos deforme el cuerpo, desmenuzándolo, vaciándolo de esa sustancia alucinógena que tiene adentro.

Todos nacimos con el líquido fluorescente, orina antigua, remota, resistiendo ser arrojada a los desagües del pensamiento.

¡Qué bien no piensan los niños!. Yo alcanzo aún a no dudar de los sueños. Pero veo más cercana esa lápida, trágica lápida, tumba de casimuertos sin otro mundo, sin otro cruce de caminos, sin aquello inadvertido que puede venir, que quiere venir más aquí.

Viene un mausoleo en su lugar. Cementerio mineral, hambriento, cercando mi tierno infante, mi desvanecerme en la niebla, mi trepar irresuelto brumas de embriaguez. Viene una amputación, un veneno, una enfermedad que todos aman y quizá algún día me seduzca. Sí, quizá algún día volveré a pisar las calles.

6

Otro mundo, amada mia, es el espacio que creíste no alcanzar. Es la porción de más, aquél centímetro imprevisto, una vez estirado el brazo, la mano, los dedos, la comprensión hasta lo imposible. Y no es la misma, por extraño motivo, esa distancia o el esfuerzo, o la razón, o la alquimia de lo bombeado allí dentro no fue la misma esa vez, por una vez, y puedes dar gracias por haberlo intentado amor.

La razón se declina, se deriva. La razón tiene cuerpo cuando se perfuma. La razón existe cuando no le creemos. Un misterio la enviste con salvajismo, despiadadamente. Troceándola, descuartizándola. Es devorada y de ese modo tiene cuerpo, sabor, receta y paz suficiente para ser saboreada.

Tener hambre de razones es un acto de canibalismo, de antropofagia. Un ser civilizado, culto, está atrapado, incapacitado para razonar. Permanentemente en una alcoholemia de verdades, de autosuficiencias. Adoración a esa imagen de sí mismo. Y ese canibalismo es con uno mismo, debe ser con uno mismo. Para revisar el cadáver y hacerle un pequeño homenaje de vez en cuando.

Es toda cultura una embriaguez. Y es toda duda una carnicería.

Hace ya tiempo de mi secuestro, de mi rotura, de mi divorcio con el mundo mio apacible. El *intruso* me lanzó lejos, allá, en el espacio lindante, en la región silvestre del vivir desaprensivo, asesino de palabras, de nombres. Con ademanes de hiedra trepando sueños germinado, tornada mi piel con susurros de imposible en laberinto, en raíz susurrando mi pasión por lo profundo, por la descomposición, por el primero hasta el último día siempre regresado, irremediablemente regresado a la marisma. Y celebré ese momento de modo extraño.

En ese instante concluí que para la embriaguez, para ese ensueño dulce, tierno, delicado y necesario, prefiero el amor inculto, el amor profano, el amor sin cauce, el amor de los profetas, el amor libre, anterior al pecado, el misterio prohibido, la encarnación misma de lo prohibido, diabólico, libre, sin más, el amor. Ese es el amor alejado de la duda, de la palabra, de la ex-

plicación. Innombrable por los años de los años, delirante.

Me concedo un ensueño, devoto, con temor.

Y es precioso ese vivir tierno un sueño, soñar.

La realidad es soñar, y mentir es no soñar.

8

Amor a ti, amada mia.

Soñar con una flor desmenuzada en un camino, encarnado camino. Una flor que adoro, que sigo, que olfateo como un perro faldero. A ella, entre todas las flores sólo a ella. Soñar contigo mujer amada, deseada. Con tus pétalos pegados en mi cuerpo empapado, en mi cuerpo sonámbulo. Manoseando libertades, libertinajes. Soñar contigo y sólo contigo. Para que el sueño sea más real y la realidad más creíble aún.

Soñar en tu amor irresuelto, deshojado en pedazos, caídos pedazos al instante de vestirte, de ocultarte. Porciones tuyas sembradas que recojo a diario, para hoy, para siempre. Un siempre que aceito en mi cuerpo sin razones, sin comprensión de nada. Librementemente huido, loco, imposible untado sueño tuyo amor.

Aceptar imposibles de un amor es conjuro necesario, bebida inevitable. Ingrediente que endulza su permanencia. Todo amor resiste cuando es un sueño. Consentido lo que tiene de irrealizable. Consumado lo que tiene de inevitable.

Presiento ese olvido mágico. Esa amnesia de certezas, de razones. Burbuja en mi cerebro, tintas de amor irreflexivo viniendo, bellamente incompletas viniendo sin regreso, sin recuerdo, sin nostalgia de nada. Sólo viniendo sin prisa y sin demora. Con el compás preciso, exacto, delicadamente concedido con tintas de manicura. Amor palpitando cada instante para siempre. Cada suerte de atracción secreta, de gesto descifrado, de misteriosa cifra germinando en la hoguera de los cuerpos. Cada pequeño instante para siempre aquí, interminables nosotros.

Nuestro quieto lujoso
 abre dos sintiempo ocultos.
 Muerde el viento breve,
 y el misterio guarda
 la mirada reunida.

Hoguera es la piel mía
 si es contigo el hundimiento.

Mi visita profunda, en tu rostro,
 es olvido conocido,
 huella en ti de mi prisión,
 un no-ser que vive en mi
 advirtiéndote a tu confín:

no me comprendas todo.

Hay en nosotros tierna desmesura,
 irreparables rimas desvelando
 los ribetes del silencio.
 Hoy sin nombre inevitables.

Y es un arco,
 en tus labios laceados,
 el ancho todo posible,
 la rosa hincada,
 un perfume de horizonte.

Y se deshoja mi nube en la mar.

Y con ese encuentro se maravilla el conocimiento, se desborda la razón, se pasea un sueño entre los dedos. Una fantasía que se alza coloreando toda imagen, todo gesto, toda posibilidad. Una máscara sutil con vagas facciones. Una fina gasa de luz que insinúa el mundo con nieblas, con apenas concesión a la verdad.

Y más aquí, en el otro terreno cruel, carnicero, de lombrices y cucarachas, de pequeñas madrigueras donde no todos caben, donde es tan sólo la muerte el medio indiscutible, se posa su ropa de encantamiento, su veladura, su seda coloreada. Y derrama un divorcio con el mundo, necesario para soñar, para unir el río con las nubes.

Finalmente amar es esculpir sobre el cuerpo ese guante, ese envoltorio. Ese tejido labrado, permeable, resistente, fiel a corrientes interiores de un torrente, correr desbocado, despeñado hacia la niebla, levantado huyendo de la inercia.

¿Y las mariposas?.

Caídas y golpes de mariposa, en la superficie mariposa herida por la rigidez del cielo inadmisibile, de la niebla inaprensible, son presagios de retorno a volar.

Y quizá tiene la mariposa ese traje y regresa, regresa intermitente al sueño, sin apenas padecer esos vaivenes, esas heridas. Mientras saben, todos saben, que la niebla le miente con frecuencia. Y cubierta cautiva de brisa sutil vive, solamente, regresando animada, de nuevo al vuelo. Pero da igual ese mentirse, esas bellas ceremonias de una muerte coqueteando con el cielo.

Pues es su vivir un acertijo, un baile ilusorio de idas, de venidas a ninguna parte. Todo es un cuento, un precioso cuento que conserva sus mensajes y colores, perdiendo su final constantemente.

¡Ah, belleza!. La belleza que yo dispongo, esa que recreo con celo, a mi antojo, se disuelve cuando viene el infinito a manosearle. Los destellos de la mariposa se manifiestan en cercanías, en proximidades, que detecta el esmero de un baile delicado, íntimo.

¡Y las mariposas!.

Quizá es mi alma sólo similar a la mariposa. Con parte de su tiempo perdido, y parte de tiempo soñando la niebla.

Y siento a veces desensoñarme con malabarismos de conciencia, trepando estructuras, terrazas de razón que coronan un paraje de verdades desniñadas, terremoto de dudas, de miedos que intentan cazar imposibles.

Necesito sueños y suspiro, con cautela, temeroso, amada mia. La brusca torsión del espejismo repliega mi rostro, detiene mi alma en una pausa suspendida, en una cifra de mi tiempo y mi vivir apeado en un andén sin nombre. Y sin soltar aliento aún, confirmo mi retorno ensombrecido, al terreno tangible, aún a pocos centímetros de mí. Y escribo amada mia, que no, que no me elevé demasiado.

Lo siento, contigo temo esa altura, esa niebla, ese cúspide de lo sentido, de lo sensible. Extremo, precioso, deslumbrante.

Cuando la razón me sirve tinieblas hay instantes apagados. Y confirmo que vivir es persistir con acertijos a medida, con cómodas respuestas. Y rompo a llorar y desmigajo el escenario buscando una vez más irrealidad, malaba-

risimo, cuentagotas de invisible.

La penumbra es mi reposo, marejada de luz y oscuridad.

¡Ah, mi romanticismo!. Inapropiado, desbocado, desbordante, frenético, salvaje. Lo sé. Triturando señales de camino luminoso mi vida es sueño intermitente, regreso y altura, hogar en el vacío y vértigo con todo.

No poder volver, o quizá no saber irme. No puedo sentir más, y no alcanzo a sentir menos. Amada mia, ir y venir es un modo de ser, hacia lo interior, lo mio. ¿Qué más puedo decir?.

De mi descubierto el mundo desunido. De mi separada su forma y su fondo, su aspecto y su ensueño. Me concedo fragilidad, fuerza, impiedad, indiferencia. Me concedo lo humanamente y acepto la torsión de mi nada, mi supervivencia en lo difuso. Y ciertamente jamás me concedo una respuesta.

Ninguna verdad dispone de un cauce resuelto. Soy a menudo vagabundo, prófugo, huido buscando prisiones para siempre.

La cultura, el arte, a menudo se ordena como un armario. Con preciosos trajes de largo y maquillajes de circo exquisito. Pero siempre persiste un cajón con prendas íntimas. Y su existencia nos mantiene afortunados. Transpiran sinceras. Huelen a mito profanado. Y con ellas la fantasía del teatro desvanece, se revisa, se ausenta, regresa sorteando su máscara, su tocado borroso, su desahogo.

Pero una vez recreado, trastocado, reposado, en mi fosa el delirio repliego, en la penumbra de la idea, de la comprensión, de la metáfora. Reviso la sombra y me acomodo en ella celoso de libertades.

No deseo argumentar nada. He vivido el embrujo, me aparto callado, latente, ausente en una valiosa nada, absoluta quietud, a sedimentarme. Y con eso me siento afortunado.

No permito por hoy conspiraciones del recuerdo. Sólo el silencio es un principio. Jamás me concedo una respuesta.

Y ahí queda mi escritura.

Mujer, vuelvo a ti.

Has sido cierta y es suficiente. Y hoy te sospecho en accidentes, en misterios, en caídas de luz, en chasquidos de piedra. Las paredes te piensan, te saben, te conservan.

Vivo revisando tu voz en el silencio. Volverás cuando el tiempo te susurre nuestro encuentro. O una fiebre te contagie. O te enfermes de nostalgia. O tu fibra nerviosa sea adicta a mi olor, a mi voz, a mi presencia. Y vuelvas con aquello irremediable.

Has sido la hembra soñada, la franja de cuerpo que llora mi cumbre. Recordada con tus labios ardiendo, agitada, temblando te apreté para crecerme en ti, para lanzarte inundada a volar. Sujetada a un tronco de mi yo fui náufrago tuyo en tu altura, en tu fiebre deriva oleaje y baile en tu cuerpo. Hasta verme perdido.

Y hoy, por una vez sigo ahogado en la fosa de un mar, de un espejismo. Embriagado de ti pervivo soñando.

Y te espero.

Las calles. Hay mansiones, castillos de ceniza y escenarios con manjares y sorpresas y traiciones, y azulejos. Sobresaltos de superficie. Decorados que aparecen y seducen con anzuelos la mirada. Mintiendo sólo a medias. Verdades de artificio, que conozco, resistiendo un sólo día.

Ese verso de cartón, intensidad insuficiente, médula enferma, voltios de

sonambulismo urbano.

Afortunados. Aplauden boquiabiertos, descorchados. Vibran, ríen con el cuerpo, reverberan con la espuma derramada en su barriga, adrenalina pasajera, allí, les veo afortunados riendo sin mi. Con su magia de caverna con neones. Tan posesos de embriaguez en nuestro mundo. Afortunados.

11

Con mi sueño reviso tus ojos, tus párpados. Sueño y describo en una sombra tu contorno, visionario, tu límite y principio. Aquí, en el rincón barricada de alientos, de jadeos bombeando mi oxígeno, extinguido, en mi guerra el sexo sumergido, poseído el tacto en mi suicidio.

Se manifestaba el temblor absoluto, la sacudida ciega, el corrector de los límites. Desde aquí eras ese todo estallada, estampida de tus aves. Aleteando tu vientre, huido tu vientre mirando confundida mi rostro con tu rostro, tu mar con mi selva, tu nube de cuero con mi cima. ¿Recuerdas?.

Bordaba siluetas,
un remanso en tu cintura.

En tus pétalos susurros
para labios sin palabra.
Posado sin aire y sin camino.

En tu vértigo,
en tu desprenderte,
en tu precipicio.

Con el cielo en mi mano
lloraba nubes para ti.

Salpicaba mis ojos blancos.

En tu crepúsculo,
en tu caída profunda
sin pulso, sin aliento.

¿Recuerdas?.

Quizá te pierdas, quizá regreses.

Ese amor sin condiciones, de hipnosis, de quemarropa, de ejecución sin titubeos, de artillería palpitando, bocajarro de vida, sinrazón, de impulso. Es un brebaje donde anida el miedo, el temor, el fantasma de morir un poco más otra vez. Ese irreflexivo modo de dar todo, de conceder a la conciencia su estado burbujeante, de escoger saturaciones, estallar con tu estallido volando lo imaginable, hurtando lo merecido y lo oculto con una caricia sólo. Ese gesto vencidos, abrazados al mundo sin corteza. Con ejército de pulmones agitados, veleros surcando ciénagas de aire, aire caliente, pasión, contagio de libertad. Alados batiendo el vacío, embriagados de destino. Es esa decisión una locura, sí, donde la vida se posa clara, diáfana, lúcida.

Y cuando haya muerto, cuando una vez más haya muerto, quizá se calme el riego de lo prescrito, quizá conserve mi identidad, quizá mi temperamento se vacíe con otro despertar, quizá no reaparezca jamás, nunca más. Recluido en un piedra finalmente exhausto, sin sueños ya. Cuando la belleza ya fue real. Y no quede ensueño suficiente para olvidar todo y reempezar.

12

Con tu ausencia la niebla se levanta, se alza descubriendo una estructura de huesos. El osario putrefacto que mantiene al mundo germinando, saciando praderas coloridas, mantelería delicada, estampados de un banquete interminable sin migajas, sin desperdicios. Todo puede ser cadáver, todo puede germinar.

Geografías de recuerdo.

Vivo soledades incrustado en tu recuerdo, en tu ausencia circulando un espejismo de encuentros nocturnos, irresueltos, de vacío que trajiste en tu llegada. Noche de niebla. Resbalabas tu escritura maestra de encuentros, de envoltura y precipicio.

¿Recuerdas?.

Y en esta altura, aquí, de poeta inacabado, de intermitente criatura, yace el lucero malherido. Mi llamada a la inmensidad de las dunas.

En tu arena busco regreso.

Quizá hundir mi rota vida en un mundo suficiente, fantasía suficiente.

¡Y las mariposas!, ¿dónde estáis?.

Recordar una ausencia es bautizo de sal y tristeza hurgando manantiales. Como dique en la corriente del instinto. Instinto hoy no sé si huyendo, no sé si libre ya, no sé si venido a detenerse. Instinto, fluido incansable rugiendo, que abre nervios, grietas en el monte acantilado, fauces hambrientas de mar, remedios para el miedo, costuras para heridas.

Del quieto de piedra, de la arista mineral, del vómito inmemorial, el instinto es golpear como las olas, con el deseo de llegar a todas partes, de cumplir con la vida, de pisar toda la vida imaginable. De sembrar con rutas el fondo abisal.

Me atropello, me deshago multiplicado en fragmentos. Goteando las aguas de mi gruta, agitadas mis salinas, palpitación de un existir con pánico al despertar, despertar en la aridez, en la nada de nuevo. Palpitar y latente. Acantilado.

Recordar. Regresar finalmente. Vuelvo, vuelvo a las calles, ¿dónde estás?. Escucho mi lamento antiguo, derretido, rígido, alto, ancestral como el vivir amando, como el temer lo tenido, como el rezar por lo confuso. Vuelvo, vuelvo a las calles. Resonante mi garganta de gruta, malherido, padeciendo miedo a perderte, a perderme, a olvidarte. Y escribo, escribo sobre un sueño.

¡Y las mariposas!.

El diluvio amaina. Y no descienden palabras ni murmulos de esa inmensa voz. No viene recitando tu regreso la gaviota. No hay detalles tuyos escritos en las hojas del firmamento. Sólo corro como el río y te tengo, dentro te tengo, lo sé, pero es imposible buscarte. Y simplemente duermo, sueño más, más aún. Me adentro aún más en esa piedra hurgando, río enroscado. En sí mismo río con deseos de laguna incrustada en laberintos, quietud, espera.

Para los débiles soñar es un mentirse fragmentado, descompuesto. Para los fuertes una verdad ciega, un alcoholismo sin fin. Afortunados los grandes farsantes, trovadores de vida. Tan simple y dichosa vida, tan mágicas sus danzas. Convencidos de enjambre bailando, derramados en juergas, compases de guerra y embarazo.

No. Yo siento el regreso con facilidad, el despertar, la caída.

Y escribo, escribo más.

Desterrado vuelvo, vuelvo a las calles. Quizá soy ave caída, hijo expulsado, criatura volátil, ascendente. Insecto dudoso de colores despegados y vestido, sí, quizá vestido con el polen de la luz, pero traslúcido, desvanecido en contacto con el mundo. Incorpóreo en mi andar y ciego. Adicto a lo confuso y con veneno en mis palabras.

Tocar una mariposa es lluvia esparcida, diseminada, perdida, suspendida en un vacío de colores sin hogar.

Y con tu niebla en mis ojos, encharcados ojos contemplando sombras, presagios, prodigios, contornos difusos, casivenidas de algo.

Escribo.

El cielo se acuesta cercano.
La voz de las olas murmuran.

La niebla es playa profunda.
Una barca reposa en su todo.

En el pescador está la ausencia.

Y regreso.

Soy velero, viento, nube rociando mi semilla, voz líquida, de manantial, de

fuelle, surtidor desposado con huecos de caverna y misterio. Enroscado en la piedra riachuelo tropezando, escribiendo, arañando un sueño imposible a la verdad.

Poesía, retraso de caída.

Sísifo en mi espalda.

Deformo mi ensueño y escribo hurgando, más, hurgando más la superficie, mucho más. Escribo encanillado al miedo de perder la niebla de mis ojos. Y soñando, soñándote más, con pánico a olvidarte, los límites se pierden, se nublan. Pánico a olvidarte.

Amada mia.

Sí, quizá no te recuerde. La amnesia es mi laberinto de historias, historias perdidas. Cuentecillos de mito resbalando huecos de alcantarilla, papeles con polillas. Calígrafo buscando su alma con vacíos, con espacios de olvido, con silencios.

Con amnesia las fechas son mitos. Demoras en el avance de la vida, en el reposo de la vida. Espejismos irreparables. ¿Dónde estás amada mia?

Rehuir la caída. Llegar un poco más tarde a un irreversible, es mi herida irreversible. La demora en el avance, en el retraso, es justo mi tiempo vivido. En ese fragmento se derrama la poesía. Si llegara cuando es debido no moriría nunca, nunca lograría saltar del sueño, no me avanzaría mi despertar, no se atrasaría mi sueño.

El sueño se persigue. Y se alcanza su imposible.

Y hoy morir es cada día vivido sin ti. Quizá un retraso en la muerte del despertar.

Y ha sido amarte brebaje, sobredosis, espasmo alucinógeno. Silbido que prende las orejas como a hogueras, desmigaja el bajo vientre y pulveriza y descompone con larvas mi razón.

Y ha sido amarte un nido de todo y cesta que hoy expira mis palabras. ¡Palabras!. ¿Dónde estás?.

¡Te olvido!.

¡Palabras!. Hoy las palabras se acuestan con su musa, suspiro mágico, amor. Me traje esa pulpa perenne, interminable, imprecisa y sin nombre. Robé ese aliento, animé mis palabras a calmarse en tu regazo y hoy, enamorado, todo es murmurio, casinada, quietud, tiempo sin tiempo. No hay nada después del amor. No hay después. El amor es disolverme. Un robo de alguien con voz indescifrable.

Escribo.

Pero te olvido y muero.

Y si muero, si hoy muero de nuevo lo haré con calma, sin retraso. En el instante preciso, adecuado. Puesto que justo después se esfumará todo, desaparecerá, se romperá el mundo en un oleaje blanco sin forma, sin fuerza para más palabras. Puesto que todo será barrido. Y el escenario sin reparos fragmentado en porciones infinitas. ¿Dónde estás?.

¿Qué decir más?.

Caído del sueño.

La cultura es hipnosis, legajos, manuscritos, mecanografía del inmenso descrito que finge realidades, formas, mundología afectiva, fantasía colectiva que a menudo funciona, que a menudo ensordece esa advertencia de retorno.

Entre las sienes, las sienes de todos nosotros, se concentran resonancias, espectros, caballeros desfilando presunciones y promesas. Rigidez y liber-

tad que se revuelve, se mezcla, rebota en los límites, límites de marisma, inconfesable marisma del principio, horroroso principio, deforme principio de todo. Vientre tormenta y embarazo.

Y entonces un sónar atrapa y reparte un cuento, una fábula, un descubrimiento pactado entre nosotros. Y nos narramos esas gestas, esos mitos colectivos. No es suficiente, no. Yo digo que no es suficiente. ¡Ningún cuento es suficiente!.

¡Autocultura!.

¡Supervivencia!.

La verdad mata.

Hay que masticarla, matarla y masticar su cadáver aún caliente. La verdad cuando regresa, regresa y muchas veces, se acomoda en su regreso recordando, impregnando, gravando con fuego una duda, una respuesta para la escena del nuevo crimen. Una maldición incompleta para la noche de los tiempos.

Regresa, y desprecio su regreso.

¡Verdad asesina!.

Y yo vuelvo a ser marea, me voy, me ausento por qué no la acepto, no la creo. Tengo hambre, la devoro, me ausento, la verdad no es. La devoro sin reparos, me mancho de sangre, con sus restos. Llego a estar prohibido, llego a ser condenado, llego a ser indeseable.

Hay una presencia mia desunida, escrupulosamente desunida, volátil. Sub-

yugada a la mendicidad mia de incompreensión. Hay en mí mendicidad del irreal, deforme, del libre con caída vertical.

Libre ultrasocial adorando estrellas, que viven y murmuran, murmulos y sospechas de alguna proximidad, de aquella proximidad de allí, quizá, después de regresar de allí cuando me descubro caído.

Y es apátrida, asocial, incorrecto malnacido en ninguna parte, o en una parte inacabada. Yo soy fantasma a veces, diablo, te advierto.

¿Y tú dónde estás mujer?.

Caído del sueño.

Al otro lugar sacudo mis días, mis noches, mis refugios. Mi cuerpo es despedida abierta, putrefacto pausado, a pedazos ascendente, en sintiempos detenido correr mio de agua reposada. Vivo temperaturas, combustiones, desahogo eléctrico recuerdo, del líquido primero.

Tempranamente sacudí todo y lo lancé allá. Lo sé. Reconozco mi destierro. ¿Qué decir más?.

Pero nacido, estoy nacido. Deshojado por el viento. Correr extraño del cuerpo en el vacío.

Me dijeron vivo y aquí estoy.

Caído del sueño.

Amnesia del líquido,
recuerdo huracanado.

¿Quién eras mujer?.

¿Dónde estás?.

Brotaron mis ojos encerrados, mi alma batida. Viniste con secretos descifrados. Con pulpa que adoro.

A mi río viniste, llamada niebla.

A mi océano aliento remoto,
a mi ascendente marea viva.

En mi un gesto abrió las lluvias,
rocío vertical en tu corona de suspiros.

Despertó de blanco el cielo,
de nube revueltos dos cuerpos.

A tu llegada sentí ocultarse el tiempo, detenerse en detalles del Jardín primero, de tierna espesura, de limpia ruta directa al horizonte. Tiempo sin recuerdos y libre, fuego sin nombre, inmemorial. Figuras de inocencia, de temperatura en absoluta agitación, de burbujeo. Embrión hirviendo en la urna del misterio.

Me acosté, yací sobre el silencio. Sujeto mi camino vertical a tu brisa, en

suspensión mi fértil sinretorno. Trazando mi pasión, mi longitud, mi cuerpo enroscado en el vacío. Una calma serena temblando de vida, una danza trepadora, de arbusto posado en tu presencia. Yo de ingravidez fui ladrón del mundo tangible. Y el embarazo inmenso del espacio nos reunió.

El tiempo se mostraba ensanchado, negado en su todo absoluto. Sentí un presente sin distancia, un sendero irreversible. Todo se resolvía con tu inmensa presencia en mi.

Enamorado.

Preciosa, tributo de luz, marejada de vida, de límite entornado, secuestro del espacio, cúspide de distancias. Todo camino condujo a ti. Fuí concéntrico rocío en tu principio, en tu infinito racimo de pulsos, de pasiones. Moldeado como planetas en tu inmensidad suspendido, dilatante, ensoñecido alrededor tuyo. No hay lejanía, no hay distancia.

Y hoy que no te veo ni te alcanzo, extrañamente me conozco contigo suspirando tu tormenta, tu aroma mojado, tu tersa superficie blanca.

No logro distancias,
en mi ausencia venida,
de tu siempre presencia.

No logro pensarte,
en mi sentirte tenida,
de tu siempre desvanece.

Y en éste silencio, en esta luz sin fondo, ingravida luz, luz de muelles, de marea devuelta con perfumes de horizonte ancho, de amplitud sin nombre, indescifrada eres, amada mía.

Intermitente en tu misterio, en tu caminar sin fin, en tu sinlugar, sin territorio. En este manantial tuyo, en tu reflejo, no queda ni palabra ni pensar suficiente.

Y es en esta ausencia tuya, en esta mar atardecida, esta aureola, corona

difusa, humedad de torso penetrado, de pantano hirviendo, de vello incubado. En esta vestimenta de oleaje, de irrepetibles parpadeos. Allí puedo verte recordada.

Y escribo.

Es quizá un velo tu rostro.

22

¿Dónde estás amada mía?.

Tus ojos con tiento azaroso, impredecible holgura y roto profundo, pliegan la inquietud del trueno en un hechizo. Son fetiches de poeta, fiebre para mis murmulos.

Puedo resolver rezando arroyos de camino tus membranas, cada noche. En un barranco tú tendida, salpicando tú el rocío, besos, espejismo, mujer irresuelta, pecado es el decirte con palabras.

Y quizá se conocen las almas con esa ausencia, ese escondite, esa ruta oculta que alcanza a limpiar de huellas un espejo. Pues no son suficientes palabras, y quizá innecesarias. Y con tu sola desnudez te conozco nítida hablando, allí, en ese imposible estás, encontrada por mi fragmento perdido, por mi presencia nublada, por mi caída, mi retorno a la cavidad nube y nacimiento.

Allí te escuchó, mi desprendimiento, mi cicatriz eterna. Tú, contagiada por todo ese tiempo presunción de nuestro encuentro, por el pasar de las generaciones nuestras, en algún paraje lejano, en alguna germinación antigua, con la orden de reunirme contigo hablaste delicada, serena, natural. Y entonces te encontré.

Así es la mar vibrante,
de la playa visita,
a un sol reunido.

En un sigilo de sin luz, de sin noche, con todo en ti de misteriosamente mio, te desnudas de vida, te toma la flema de un cielo en formación.

Mujer, por un precipicio del cielo las nubes se invirtieron para refugiarse en una inspiración súbita, guardando su estómago celular. Después fueron tormenta expirando un ocaso encarnado, incandescente. En un filo de firmamento tan sólo, en una trémula pestaña.

En ese peine se embarazó el horizonte. Y océano y tierra eligieron lo nunca visto. Migraron sin parar las olas. Y montes, estepas, cordilleras, se fecundaron con intimidad mineral.

Ese es tu origen, y así describo tu encanto, tu sortilegio.

Preciosa mujer, amada mía.

Tu frutal mítico se amaga en tan prística espesura, desmesura de una huerta carnal y espíritu. Delicias que estremecen y cautivan mi alma crujida.

Y yo reviento ese manjar con el tiento de las nubes. Y es tanta esa belleza.

¡Es tanta esa belleza!.

Es la quietud seducción de lo inevitable.

25

Siembro la sustancia de las dunas, polvo que asciende y merece tu brisa
regresando sigilosa.

Soy por ti un despoblado territorio. Sin límite, sin forma. Para ti todo vacío
y reposo.

En ti hundimiento
mi región vencida,
en tu valle de arena.

26

Anhelo un remoto valle,
umbría oculta, mecedora
de niebla blanca fondeando
el abrigo de un sol breve.

Insinuada en mi lucero,
eres velo y cuerpo entrevenido,
mensaje llegando, murmuro
inacabado en mi recuerdo.

No te pretendo comprendida.

Soy vigía de la extraña,
tejedor de transparencias.
Rima a las siluetas tuyas
regresando todo incierto
a mis rumores de poeta.

Es mi honda escucha,
sucinto no-ser en la niebla.

Soy oyente,
de tus olas ocultas.
Y a un vientre poblado
Jardín, refugio trepando,
tejido y lamento sin verbo,

escucho suspendido,

y no alcanzo a despejar
interminable como ese.

La palabra sufre.

Y luciente es mi gesto.

Germen caído en marea tuya.

Luciérnaga de aguas,
de mar con roto difuso,
de rostro de jazmín
de centro laminado.

Soy oyente,
de tus olas ocultas.

Pelea mi voz por un sueño interrumpido, una pulpa rota.

Y aquí está claro mi canto, mi laberinto enraizado en tu curva.

En una noche tranquila, serena, extrañamente dulce, el cielo recorta, con su tarde, un bosque oscureciendo de luto.

Otoño en mi espalda, lisonja ensartada, delicado veneno de brevedades. Como el destello corto de la vida, punzante y doloroso en instantes milagrosos.

Las estrellas rumorean mi caída. En el límite del escenario la soledad es apacible. Tambaleo fuera del sueño, regreso ya. Y una inmensidad inunda mis manos.

Olvidé la escritura triste, esa fragancia de luna empapada, de superficie nublada. Esa cordillera de dolores hundidos en el mar que despoja mis ojos. Pero aquí me reconozco dormido tan sólo, en el despertar inmenso, dormido muriendo un poco, entre veladas sin sueño, sin malabarismo.

Lo siento mujer. Llegué a morirme por un instante.

¡Tocar una mariposa!

Frotar la rigidez, arañarse con la vida, de nuevo nublar los ojos y vagar quemado, por la adicción a las dudas. Y seguir soñando, seguir soñando, seguir soñando. Acariciar un contorno rígido y creer en el conjuro. Enmascararlo todo con sutilezas, con imposibles, indescriptibles, misterio.

Cegar la mente y reunir la sombra con la luz. Y cerrar los ojos después de cerrar los ojos, y regresar al espejismo, a ese vuelo con colores brillantes que retocan lo vivido, con borracheras, ternuras sinfónicas, pasionales, desequilibrios.

Imperfectamente resuelto a sentir peligro, desgarrado de mordisco irreparable, descamisado, arañado.

En el aire suspendido, con gestos míos de tejedora mágica, motorizado en la penumbra, en la tiniebla laceado con azules religiosos.

El destino es una sola vez, un sólo camino, un sólo intento. Y andar temiéndolo todo, paseando frontalmente, dispuesto al contacto con lo incierto. Amar como un creyente, preciosa.

Eso intento.

Hoy es de nuevo todo sacudida, caricia. Me levanto con mis ojos cerrados.
Y el ensueño te mira, te conoce.

Mi alma enfunda un sueño,
tiento desunido,
extraviado caminar
de un dormido vivir.

Y callada en tu niebla
mi poesía es envoltura.

Cada noche lazando un sendero.
Con ternura labrándote riegos.

Y la aurora es tu refugio.

Tú evanescente, que murmuras todo,
en tu siempre y en tu nunca suficiente,
en tu todo y en tu nada prisionera,
desahogos del misterio se nos llevan.

Timbras el compás, la danza, la melodía en mi ejército. Y en tu ritmo el viento es prisionero tibiamente conjurado. Con destello irreparable, repentino. Envuelto un sortilegio en tus manos, una cifra que apuntilla partituras. Los mapas revienta y sacude un mundo remoto hasta el confín de la armonía.

Amada mía, la sinrazón quedó escrita en un sendero al detenerse a contemplarte. Y así avanzando ese camino incomprensible te conozco y te hablo. De tu reposo ante un espejo de tormenta. De la lluvia enjuagada en tus manos, bautizo suspendido, gesto brillante, virtuosismo que nutre tu silencio y al rocío llama, musitando un acertijo.

Y te digo disturbio, torrente, sacudida del canto y camino hacia la sed mía. Yo encaramado en el susurro, con mi briosa suspensión en el abismo.

33

Ruego que asome la niebla.

Y madrugue en tu rostro,
huidiza penumbra y lucero.

Sin palabra es tu semblante,
fondeando la bruma,
preguntando el hundimiento.

Veleros en tus rasgos susurran.

Invoco lo confuso.

Madrugada en tu rostro.
Mirada de luz para mi sueño.

Tantas nubes navegan misterios.
Tanta sombra remonta tu mirada.

Nuestra marea es reunión,
mecida en el alba.

Parpadeos y reposos,
de tiempo desnudo,
encuentros sin contorno.

Tus olas se cruzan conmigo.

Refugiada en murmulos
de mi verso venido labrando
un lecho al silencio,

eres tú incompleta apariencia
en mis ojos turbios.

Ruego a los ríos tu asomo.

Poesía, correr envibrecido,
laberinto en mi garganta.

Poesía, correr que se demora,
no hay palabra.

No hay palabra.

Reviso el recuerdo, anoto lo cierto, amontoño en tus pliegues mis lenguas de río descompuesto, salpicaduras, luciérnagas, despojos de mi origen.

Penumbra, manto impreciso, envoltura de esencias, de almas ofrecidas, refranes secretos. Tumultuoso ropaje de nube, desnudez. Refugio, trenza abigarrada de caminos. Eléctrico el misterio, allí.

Mujer disuelta, niebla, conocida en todas las mujeres.

¿Cómo decirte conocida de otro modo?.

Cimbrea un enjambre y te detiene. Y pronto tu cuerpo es acertijo en movimiento. Teatro de voz, armonía genital.

Y duendes y bardos, y bellas criaturas, y guardianes de templos, fabulan un baile, una danza, una fiesta que revisa cadencias en tu manantial y en mi cumbre. Vibrando tersa, en tu membrana yo cogido, erizada tú, sujetando mi hemisferio. Todo es ternura, precipicio.

Todo es ternura, cercanía, sutileza. Pacto con el rostro, pasolento del habla, gesto inscrito en tu curva natural. Instinto rimado, seductor, refranes, concierto secreto, previsto, sorprendente, conocido, deletreado con un lento mordernos, confundirnos, ya de nuevo mezclados en una abreviatura.

Conocida en todas las mujeres.

Bordaba siluetas,
un remanso en tu cintura.

En tus pétalos susurros
para labios sin palabra.
Posado sin aire y sin camino.

En tu vértigo,
en tu desprenderte,
en tu precipicio.

Con el cielo en mi mano
lloraba nubes para ti.

Salpicaba mis ojos blancos.

En tu crepúsculo,
en tu caída profunda
sin pulso, sin aliento.

¿Recuerdas?.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
La amplitud te ampara,
vistiendo tu cadera doblegada,
tu cuello perfumado de monte.

Trepada la montaña, de vivir,
camino de un lomo rey
vajo la altura del cielo,
se embriaga de niebla y espera
el rumor del mineral
en su piel rosada,

coronada su cima de ausencia,
remoto su rostro, difuso,
turbio el gesto de un no-ser
que todo alcanza visto.

Naufragado el porvenir,
diluído el gesto en una mar
de reposo y marea, de oleaje,
de palpiatres, el río derramado,
un vigía pervivie, reposa,
en un vaivén navegando
pescador de silencio, de calma,
submarina su virtud, su claridad,
tan sólo con un brazo recogiendo.

Vive el cielo sumergido
en tu cuesta tibia.
La falda turbia reposa
profundamente trajeada
de marisma, su fiebre acostada,
en el pantanal de la vida.

Sueño consentido, huída,
desviación de la prudencia,
reto de temperaturas,
burbujeos, candescencias
de la espuma vertebral,
del flujo primario, selvático.

La niebla se apodera del cerebro,
y alcanza longitudes de germen.

Y todo se va, se desvanece después. Y el aliento estalla y se derrama. Y te reconozco, por fin, de nuevo, por una vez sin duda enamorado, sin regreso.

Si un salto me estremece y lleva lejos.
Y soy espejismo difuso,
lucero sin cuerpo.

Y vivo irresuelto el pensamiento,
desprendido ausente y agitado.
De ti me sé distante.

Si un salto me estremece y lleva lejos.

Cuando enfunda un sueño el alma.
Tiento huido y extraviado caminar
de un durmiente “vivir sin vivir en mi”.

*

Mi razón no te inventa ni comprende.
Temeroso de un silencio inmensamente
ausencia toda, de lo mío en ti, no te pienso.

Preciosa.

Sólo temo del río un no saberme tuyo.

Con tus besos tiemblo.
En ti líquida arrimado.
Reluciente y tersa viviente.
¿Cómo puedo no ser sueño?.

A ti ausente me arraigo, temiendo
el mundo cierto y verdadero.
Que alienta en mí razones.
En mi ingrátido palabras.

Yo deseo ser cuerpo sólo por tus besos.
Y tan sólo callar la niebla llamando
con poesía todo envuelto nuestro.

Cada noche cavando un sendero.
Con mis yemas labrándote riegos.

Nerviosa, palpitando, turbada,
vencida en aguas murmuradas todo
desahogos que nos llevan.
Y te hago creciente en mis manos,
sujeto un gesto en tu reposo.

Y la aurora es tu refugio y desvaneces.

*

Y vuelves allá con el viento.

Tu vives proeza de cuento y ensueño.
En tu siempre y en tu nunca suficiente.
En tu todo y en tu nada prisionera.

Un misterio que timbra venido,
compases, danza y melodía.
Rociando mercurio, plata, bronce,
el viento tibio en tu silencio.

Preciosa.

Resuenan conjuros de aurora.
Acuerdos de dudas y miedos.

Cuando vienes.

De la prisión un destello irreparable.
Un sortilegio que revienta los mapas.
Un labio luciendo un precioso reposado.

Toda sin razón escrita en un camino.

Y así vienes del ensueño susurrando.

Tengo el alma para hablarte sin tus nombres.
En los cielos concedida puedo hallarte.
Y ser ligera voz en tus detalles.

Te hablo, desde el lejano sintenerme.
Donde el cuerpo se entretiene amando.
Donde las manos toman tu imposible.
Y te digo torrente del encuentro amada.

Lluvia, sed, y limpia laguna levantada
con las noches que inundan y recogen.

Y acaricio semillas y tallos, y hojas tiernas
de un baile lleno de alientos ocultos.
Y musgos, que salpican y cierran rocíos,
de luz viva en pupilas.

*

Preciosa.

Del agua somos su fiebre.

Y así en mi palpitan y mueren los mares.
Con jadeos y entevientos descosido.
Nocturno encaramado en mi rumor.
Con un paseo lento, arrimado al extraño.

Del agua somos su nostalgia.

Es cierto su llanto entre penumbras.
Y fértil con el aire entre espejismos.

*

Lo sé.

En tu horizonte vacío un naufragio.
Y el ahogo es un rescate de la brisa.

Mojada y silente en mi camino.
Con retornos en el aire.

Voy exhausto, saciado, irresuelto.
Aullando lúcido.
Muriendo derramado.
De ensueños para siempre en los mares.
De prisiones en la tierra, interrumpido.

De ahí vengo.
Allá voy.

Y temo sólo del río un no saberme.

Viajo intermitente, desunido.
En una fuente callado marino mi espectro.
Entre costuras de siempre reciente olvido.

Yo espero perder la noche soñando.
Alcanzar el sintiempo y alejarme.

Para siempre.

Y con la espera vienen días de hojarasca.

Pasando a deshojarme con un breve.
Y en el alma queda el tenso desencuentro,
espejo roto de lo cierto irreparable.

¿Cómo llorar luces de ensueño soñado?.

Amor tan sólo azar inevitable sin saberte.

¿Cómo llorar luces de ensueño soñado?

Para olvidar todo lo descubierto.

He corrido los pozos y fuentes delicadas.
Encharcada arcilla tuya en un secreto.
Cementos con tu nombre en el silencio.
Ungüentos de un misterio en el ocaso.

Y consumado el beso ardiente contigo.

¡Para olvidar todo lo descubierto!.

Llevo escritas tus alas temblando,
musitado en las alturas un suspiro.

Suspendida, desvanecida en casi todo.
En la niebla mirando casi nada.

En mis labios te he soñado para hablarte.
Te dije flor y viniste a verme vaporosa.
Te dije ardiente y viniste a vaciarme.

Me fuí volando.

Y hoy tengo un secreto tuyo reposando.
Un color tuyo deshojado entre mareas
y oleajes y sinfines de tierra conocida.

Una espuma tierna se posó a desahogarse.
Arrimada al sol, hacia los pinos mirando.
El viento empujó la arena, y se hizo nube.

Me fuí volando.

Pero agoto mi aliento.
Pero recito tu nombre.

Conozco tus costuras desprenderse.
Ríos, en altos montes.
Fuí yo vaciando surcos.

He rehunido caminos en tu cuerpo.

Son porciones tuyas huella mía.
Y no podré saberte por completo.
Vivo suelto y contigo irreparable.

Eres desvanecida imposible que bendigo.
Y no deseo c

